

Civilización y barbarie. Dos interpretaciones del rol letrado frente al proyecto modernizador en América Latina: Sarmiento y Martí

Civilization and Barbarism. Two Interpretations of the Lettered Role in the View of the Modernizing Project in Latin America: Sarmiento and Martí

Marcos Olalla*

Resumen

Se analizan las concepciones de Domingo Faustino Sarmiento y José Martí acerca del rol letrado en el programa modernizador de América Latina durante la segunda mitad del siglo XIX. Para ello se adopta como eje la divergente significación de las categorías "civilización/barbarie" en los textos *Facundo* y *Nuestra América*. Una nueva lectura de estos textos fundacionales de la historia intelectual latinoamericana permite reconocer aspectos críticos muchas veces olvidados por la reconstrucción del discurso letrado en las actuales corrientes de los estudios latinoamericanos.

Palabras clave: civilización / barbarie; programa modernizador; discurso letrado; América Latina.

Abstract

The concepts of Domingo Faustino Sarmiento and José Martí about the lettered role in the modernizing program in Latin America during the second half of the XIXth Century are reviewed. To do so, the divergent meaning of the categories «civilization/barbarism» in *Facundo* and *Nuestra América* are taken as the central axis. A new reading of these fundamental texts of Latin American intellectual history allows us to recognize critical aspects many times forgotten by the reconstruction of the lettered discourse in the present-day currents of Latin American studies.

Keywords: civilization / barbarism; modernizing program; lettered discourse; Latin America.

* Docente e investigador de la Universidad Nacional de Cuyo.

<marcosolalla@hotmail.com>

Las categorías

El lenguaje, comprendido su carácter de mediación, permite caracterizar los modos como los hombres organizan e interpretan sus experiencias. El discurso constituye entonces una vía de acceso al reconocimiento de las condiciones de producción de aquéllas. Esta referencia tiende a fijarse en formas de objetivación específicas de un determinado “universo discursivo” en virtud de su densidad semántica. Dicho carácter es resultado de una construcción histórica derivada de valoraciones que, concebidas desde el punto de vista del discurso, se articulan con otros términos que despliegan esa misma referencialidad. Tales términos, caracterizados como “categorías”, no agotan su función en la referencia al contexto en el que son producidos, sino que, además, denotan las valoraciones del sujeto que las enuncia. Es decir, al tiempo que tal condensación de significados inhiere a la conflictividad presente en la articulación misma del discurso, también lo hace respecto del modo como los sujetos se comprenden a sí mismos bajo la forma de la autoafirmación o, por el contrario, como expresión de algún modo de subalternidad¹. Así, la condición explícita de esta dinámica discursiva adquiere en ciertos momentos de la historia una proyección fundamental. En tales situaciones se configuran ciertos ejes que, por su eficacia categorial o significatividad, determinan desarrollos futuros del pensamiento, en cuyo orden se producen resignificaciones de aquellas categorías.

La “construcción” política y discursiva de la nacionalidad en América Latina posee a mediados del siglo XIX un carácter fundacional refrendado por las herramientas categoriales con las que se desarrolla la interpretación de la idea de nación. Así, la dicotomía “civilización y barbarie” constituye una matriz inherente a

¹ “El sujeto no está ubicado en el punto cero de la historia, ni antes, ni por encima. Se trata, por el contrario, de un sujeto empírico, social e histórico, cuyas formas más o menos realizativas o encubiertas de autoafirmación revelan su prioridad-posterioridad respecto del lenguaje, como asimismo de su propia construcción”. ARPINI, Adriana, “Categorías sociales y razón práctica. Una lectura alternativa”, en *ibid.*, (comp.), *América Latina y la moral de nuestro tiempo. Estudios sobre el desarrollo histórico de la razón práctica*, Mendoza, EDIUNC, 1997, p. 24.

las formas discursivas propias de la segunda mitad del siglo XIX, pero cuyas resignificaciones se extienden en el siglo XX². El deseo de construir la nación exige la creación de categorías que permitan fundar el sentido programático de una *praxis*³. Su utilización constituye un eje conceptual fundamental desde el cual se produce la representación de la idea de nación en América Latina, así como también se promueve la reflexión sobre el rol letrado en la construcción y organización de las naciones del continente. Comparamos aquí los usos que de esta dicotomía realizan Domingo Faustino Sarmiento en el *Facundo* (1845) y José Martí en *Nuestra América* (1891).

Sarmiento y la barbarie

El *Facundo* es la expresión cabal del proyecto de modernización que orienta el desarrollo institucional de la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX⁴. Su carácter fundacional es adquirido sobre el fondo de una modulación en apariencia contradictoria. Al explícito interés del sector más europeísta de la generación argentina del '37 de consumir grandes obras nacionales, de acuerdo a los cánones estipulados por los géneros literarios tradicionales, le corresponde, sin embargo, la efectiva plasmación de una obra que excede las limitaciones del género. De cualquier manera, la aspiración romántica de expresar de modo original los acontecimientos, las costumbres y el paisaje de estas latitudes permite el reconocimiento de la necesidad atribuida al planteamiento de la existencia de una identidad nacional como correlato de ciertas proyecciones del romanticismo social. El

² Cf. ROIG, Arturo, *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, FCE, 1981.

³ "El hombre de acción –pues de este tipo humano se trata– crea, por cierto en fuerte dependencia con su propia época, los ejes discursivos sobre los cuales construye pensando en la realidad contextual su propia universo textual." ROIG, Arturo, "El discurso civilizatorio en Sarmiento y Alberdi", en *Revista Interamericana de Bibliografía*, OEA, vol. XLI, 1991, n° 1, p. 36. Cf. ROIG, Arturo (comp.), *Proceso civilizatorio y ejercicio utópico en Nuestra América*, San Juan, Universidad Nacional de San Juan, 1996.

⁴ SARMIENTO, Domingo Faustino, *Facundo*, Buenos Aires, Estrada, 1940.

uso que Sarmiento realiza en el *Facundo* de las categorías de civilización y barbarie resulta determinante para toda la historiografía posterior⁵.

Arturo Roig pone de manifiesto la singularidad propia de este uso. Para el historiador de las ideas latinoamericanas pueden distinguirse en el *Facundo* un momento descriptivo, cuyo objeto es la barbarie, y un momento proyectivo en el que la civilización adquiere la impronta de un programa⁶. La dicotomía civilización/barbarie es asegurada por las exigencias discursivas de la noción de barbarie por cuanto ella pone en juego la fuerza que vertebra dicha oposición, es decir, la violencia⁷. Los cauces institucionales, pero también los literarios, son dramáticamente desbordados por las exigencias de originalidad atribuidas a la construcción de la nación, en cuyo interior se configura un momento de reconocimiento de la condición primitiva de dicho desarrollo. Una expresión significativa de este carácter acentuado de la dramaticidad vinculada a la descripción de la barbarie es la inversión operada por Sarmiento entre una descriptiva poética y una utópica programática. Roig percibe en tal inversión un esfuerzo por reemplazar violentamente la condición bárbara inicial por la civilización que, sin embargo, por su manifestación histórica y factual, no puede dejar de tener como centro de su discurso la condición que rechaza⁸.

⁵ RAMAGLIA, Dante, "El proyecto de modernización y la construcción de la identidad. Estructura categorial del discurso en las corrientes de pensamiento argentino (1880-1910)". Tesis de Doctorado, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, 2001.

⁶ ROIG, Arturo, "El discurso civilizatorio en Sarmiento y Alberdi", ob. cit. p. 37.

⁷ "Es la violencia de la barbarie: la violencia de Quiroga, la de Rosas, la que mantiene integrado el territorio nacional y hace posible la existencia de un equilibrio político precario. Es la violencia literaria e institucional de Sarmiento, su lucha, compulsiva, la que cohesionan culturalmente la patria según la nueva imagen que quiere imponer de la misma: la patria debatiéndose heroicamente entre la civilización y la barbarie." PÉREZ, Alberto Julián, *Dilemas políticos de la cultura letrada*, Buenos Aires, Corregidor, 2002, p. 108.

⁸ "De este modo nos encontramos ante un hecho bastante curioso: el momento que corresponde a la 'descriptiva social' que nos muestra un audaz intento de ejercer una

La imposibilidad, por tanto, de producir una referencia a la civilización que no asuma como punto de partida la barbarie configura un lugar de enunciación alternativo respecto de ciertos modelos europeos de interpretación histórica⁹. La configuración de dicho *locus* como una forma de subalternidad constituye la afirmación de la autoridad de un discurso capaz de expresar de modo original la realidad americana¹⁰.

Con todo, la particularidad así asumida es representada como “barbarie”, es decir, como objeto de sometimiento al proyecto modernizador, en el que aún el “Otro” carece de un saber que lo revele como objeto de la representación, tanto como de la señalada sujeción.

De este modo, la materialización de un poder que se manifiesta como “saber del otro”¹¹ se esgrime como un modo de impugnación romántico del desconocimiento ilustrado de las costumbres propias de las “campañas bárbaras” y, con ello, de su ineficacia para incluir en el proyecto modernizador, al interior argentino¹².

El “interior”, como objeto del registro descriptivo de la barbarie, hace patente su cercanía con la naturaleza al mismo tiempo que da cuenta de la determinación del medio sobre el hombre. Así, la figura del gaucho aparece deshistorizada en la forma hiperbólica de representación de sus cualidades magní-

visión realista, reviste carácter poemático; mientras que el segundo momento, que carece de ese rasgo, es justamente el que bien podríamos considerar utópico”. ROIG, Arturo, “El discurso civilizatorio en Sarmiento y Alberdi”, ob. cit. p. 38. Este mismo planteo se encuentra en María Rosa LOJO, *La “barbarie” en la literatura argentina*, Buenos Aires, Corregidor, 1994.

⁹ “La complejidad de su interpretación, que tiene como referente conceptual, en muchas ocasiones, al horizonte cultural europeo, parece derivar del lugar descentrado que reclama la escritura de Sarmiento como ingrediente necesario para comprender la naturaleza singular del mundo americano”. RAMAGLIA, Dante, ob. cit., p. 70.

¹⁰ RAMOS, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 1989, p. 24.

¹¹ *Ibid.*, p. 19.

¹² RAMAGLIA, Dante, ob. cit., p. 70.

ficas, tanto como de sus defecciones naturales para la vida política civilizada.

La demanda de originalidad, sin embargo, cumple una función legitimadora de la enunciación. La particularidad es, de este modo, caracterizada como natural en el marco de un discurso que excede las determinaciones de los géneros discursivos tradicionales, aunque promueve una mirada que reproduce las representaciones europeas de la diferencia en el marco de una tonalidad “exotista”. Este mecanismo discursivo, que Edward Said describe oportunamente como “orientalismo”¹³, es analizado en la lectura que Carlos Altamirano realiza del *Facundo*¹⁴ como uno de los tópicos que activan el carácter teórico y retórico del discurso sarmientino¹⁵. Para el crítico argentino, la representación orientalista de los aspectos geográficos del interior y de sus personajes posee una función que desborda el componente cognitivo de la clasificación del otro, aspecto sugerido previamente por Julio Ramos¹⁶, en la dirección de un intento de dotar de una modulación natural al despotismo del caudillo¹⁷.

¹³ SAID, Edward, *Orientalism*, London, Penguin Books, 1978 y *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996.

¹⁴ ALTAMIRANO, Carlos, “El orientalismo y la idea del despotismo en el *Facundo*”, en ALTAMIRANO, Carlos y Beatriz SARLO, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, p. 83-102.

¹⁵ “En efecto, para caracterizar a la sociedad argentina Sarmiento habla también de Edad Media y feudalismo, y la figura de Facundo Quiroga no tiene únicamente apariencia oriental: es asimismo el ‘hombre de naturaleza’ y ejemplo de la categoría de ‘grande hombre’, categoría historicista si las hay. Todo lo cual no haría sino recordarnos la variedad de piezas intelectuales y retóricas activadas por Sarmiento, ya para explicar ese ‘nuevo modo de ser que no tiene antecedentes marcados y conocidos’; ya para dotar al relato, a los cuadros de la naturaleza o a las escenas de costumbres, del encanto de lo novelesco y la sugestión de lo lejano; ya, en fin, para conferir fuerza persuasiva a argumento que no suele brillar por su encadenamiento lógico. La idea del despotismo, en conjunción con la imaginería orientalista, es sólo una de sus piezas”. *Ibid.*, p. 98.

¹⁶ RAMOS, Julio, ob. cit.

¹⁷ “Si la imagen orientalista nos remite a la idea del despotismo, ¿cuál es, a su vez, la

Del determinismo geográfico al racial hay apenas un paso que Sarmiento, aunque con algunos matices, no tarda en realizar, prefigurando así el momento más duro del registro racista recogido por textos posteriores, como *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883)¹⁸. Dante Ramaglia caracteriza muy apropiadamente las orientaciones ideológicas de tales momentos del discurso sarmientino destacando la relación, promovida en el *Facundo*, entre la ociosidad y el componente indígena presente en la combinación de grupos raciales propia de esta “caracterología nacional”. No obstante el papel secundario que tal registro desempeña, se esboza sobre un fondo que comparte con el racismo la estrategia discursiva deshistorizadora, constituyéndose, de este modo, en una modulación complementaria respecto de otras formas de determinación como el medio natural y social¹⁹.

La relativa complejización del registro naturalista en la descriptiva sarmientina adquiere un índice histórico algo más preciso, como la capacidad atri-

función de esta idea en la economía de la obra de Sarmiento? Una función argumentativa, a medias teórica y a medias retórica, que tiene en la analogía una fórmula básica. En virtud de su papel semiteórico, la idea del despotismo como uno (pero sólo uno) de los esquemas de referencia para la doctrina y el relato sarmientinos del caudillismo sudamericano. Por su lado retórico, por decirlo así, destinado a captar el favor del lector, la idea es inseparable de su apariencia asiática, o sea, de la activación de la imagería orientalista”. *Ibid.*, p. 91.

¹⁸ SARMIENTO, Domingo Faustino, *Conflicto y armonías de las razas en América*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915.

¹⁹ “[...] la dicotomía civilización/barbarie está ligada a una distinción que proviene de dos espacios territoriales y culturales diferenciados, el que corresponde a la ciudad y a la campaña, los cuales, si bien demarcan a grupos sociales cuyo radio de acción se circunscribe más espontáneamente a cada uno de esos ámbitos, no depende esto únicamente de un criterio de pertenencia racial. La resistencia a la organización política, al desarrollo del comercio y de la industria, del conocimiento y de las letras, que representan para Sarmiento los principales referentes de la vida civilizada, procede de los obstáculos presentados por las formas de vida que tienen su origen en ese escenario particular del campo argentino que es el desierto”. RAMAGLIA, Dante, ob. cit. p. 75.

buida a los grupos sociales descriptos de incorporarse al proyecto de modernización que promueve²⁰. Este escenario, configurado por un análisis que determina el carácter orgánico o inorgánico de los grupos sociales respecto de la modernización capitalista, inviste a los intelectuales preburgueses de una funcionalidad legitimadora de la autoridad letrada. Afirma Sarmiento:

Si quedara duda con todo lo que he expuesto de que la lucha actual de la República Argentina lo es sólo de civilización y barbarie, bastaría para probarlo el no hallarse del lado de Rosas un solo escritor, un solo poeta, de los muchos que posee aquella joven nación²¹.

La propensión pues a sobrevalorar la labor de los intelectuales en el proceso de modernización se configura en el marco de un discurso que asume el carácter civilizador del capitalismo mercantil. Su matriz burguesa pronto va a producir el socavamiento de la autoridad así ganada por los letrados en el momento inicial de tal proceso. El papel de los intelectuales pertenecientes a esta incipiente burguesía es significativo por cuanto determina la afirmación de una autoridad convalidada precedentemente por su praxis política. La pérdida de esta forma de legitimación hacia finales del siglo XIX invierte el sentido de la búsqueda para terminar promoviendo la autonomía del campo literario. El sentido de la actividad política se halla detrás de la emergencia de la autonomía del campo intelectual. Es interesante observar el signo inverso del mismo proceso llevado a cabo por el modernismo europeo. La experiencia metropolitana de intelectuales del interior provoca un cuestionamiento de la modernización y acentúa la autonomía del cam-

²⁰ “De allí resultan un conjunto de apreciaciones sobre los diferentes grupos que actúan políticamente en el país, así como se puede señalar una cierta correspondencia con formas económico-productivas que son propias de cada uno. Por ejemplo domina en todo el libro la descalificación del campesinado criollo que se vincula a la explotación económica del latifundio ganadero, cuyos modos de vida relacionados con períodos de desocupación y relaciones sociales ocasionales conducen a los levantamientos que produjeron los caudillos federales”. *Ibid.*, p. 76.

²¹ SARMIENTO, Domingo Faustino, *Facundo*, ob. cit. p. 227.

po, en lo que constituye un rasgo característico de la modernidad²².

Con todo, Sarmiento desarrolla un discurso que impregna fuertemente la producción literaria referida a la cuestión nacional en el que la frontera entre imaginación y conocimiento, literatura e historia aparece desdibujada²³, a favor de una interpretación en clave política de la cultura en la que el “otro” se manifiesta como emergente de una mistificación provocada por el despliegue categorial dicotómico. Civilización y barbarie son categorías que atraviesan, por tanto, géneros y disciplinas en un movimiento destinado a recoger lo que aún no ha sido dicho. El sentido fundacional del *Facundo* mucho tiene que ver con este regular desborde de las formas tradicionales del discurso científico y literario, promoviendo un modo de incidencia recíproco soportado sobre un eje semántico novedoso.

La condición polémica del discurso revela, de este modo, al par de su explícita politicidad, el carácter definitivo de una oposición que elimina la posibilidad de síntesis y que, por lo mismo, exige una opción²⁴. Si como hemos afirma-

²² “[...] El factor cultural clave del cambio modernista es el carácter de la metrópoli: en estas condiciones generales, pero, aún más decisivamente, en sus efectos directos sobre la forma. El elemento general más importante de las innovaciones formales es la inmigración a la metrópoli, y nunca se destacará demasiado cuántos de estos grandes innovadores eran inmigrantes en este sentido preciso. En el nivel del tema, esto subyace de una manera evidente a los elementos de ajenidad y distancia e incluso de alienación, que con tanta regularidad forman parte del repertorio. Pero el efecto estético decisivo se produce a un nivel más profundo. Liberados de sus culturas nacionales o provinciales, o en ruptura con ellas, colocados en relaciones completamente nuevas con las otras lenguas o tradiciones visuales nativas, y puestos entretanto frente a un novedoso y dinámico ambiente común del cual muchas de las formas más antiguas estaban obviamente alejadas, los escritores, artistas y pensadores de esta época encontraron la única comunidad que estaba a su disposición: una comunidad de medio, la de sus propias prácticas”. WILLIAMS, Raymond, *La política del modernismo. Contra los nuevos conformistas*, Buenos Aires, Manantial, 1997, p. 67.

²³ PÉREZ, Alberto Julián, ob. cit., p. 118.

²⁴ Cf. JITRIK, Noé, *Muerte y resurrección de Facundo*, Buenos Aires, CEAL, 1968 y ROIG, Arturo, “El discurso civilizatorio en Sarmiento y Alberdi”, ob. cit.

do Sarmiento todavía no se ha despojado de su matriz romántica es porque, entre otros tópicos, la relación entre la naturaleza y sus creaturas adquiere un sesgo dramático²⁵. Afirma Sarmiento:

Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales, y, sobre todo, de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia; lucha imponente en América, y que da lugar a escenas tan peculiares, tan características y tan fuera del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, porque los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman, los usos sorprendentes, y originales los caracteres²⁶.

Aun cuando un discurso semejante module el gesto determinista vinculado a la incidencia del medio sobre los hombres, su descriptiva adquiere sentido como “escenario natural” de una lucha. Es evidente aquí la extrapolación de dos registros que la partícula “y” parece borrar. Las escenas, aunque grandiosas, deben ser relegadas “sobre todo” por la representación de una contienda, la que, si bien aparece inicialmente circunstanciada en la formulación “civilización europea/barbarie indígena”, resulta vinculada a una oposición de índole metafísica: “inteligencia/materia” y, finalmente, naturalizada en una apelación que la declama “imponente”. De lo que resulta, para Sarmiento, que la especificidad de una enunciación literaria de lo nacional es asegurada por el desconocimiento de la dramaticidad asociada a tal conflictividad en la mirada europea.

La encarnación de un extremo de la lucha en la figura del “gaucho” promueve la emergencia de un objeto cuya representación es percibida como “destello de una literatura nacional”. El género que Sarmiento juzga adecuado para esa representación es la poesía. El registro demarcado por este discurso sobre la originalidad halla su fundamento en cierta condición sublime que activa la experiencia de la belleza en un marco signado por la violenta

²⁵ PÉREZ, Alberto Julián, ob. cit., p. 119.

²⁶ SARMIENTO, Domingo Faustino, ob. cit., p. 47.

inexpugnabilidad de lo “inmenso”, lo “extenso”, lo “vago” y lo “incomprensible”. Señala el intelectual argentino:

Existe, pues, un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra. La poesía, para despertarse, porque la poesía es, como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano, necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad de la extensión, de lo vago, de lo incomprensible; porque sólo donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal²⁷.

La imagen sarmientina anticipa el carácter proyectivo del *Facundo* prefigurando un sentido utópico pero también programático en la literatura nacional. El “mundo ideal” es ahora objeto literario, pero no por ser un emergente de la experiencia dramática de lo inasible debe renunciar a su condición polémica y política. Por el contrario, si la violencia adquiere un carácter fundante en la expresión poética de lo nacional, la orientación política de la escritura se revela como un modo de su continuación, ahora, como manifestación originaria del desarrollo del programa modernizador.

Una crítica de la estructura categorial del discurso civilizatorio: José Martí

El tardío resquebrajamiento del orden colonial en el Caribe hacia fines del siglo XIX configura un escenario peculiar en virtud del cual la conflictividad social resulta atravesada por el fenómeno del imperialismo norteamericano. Por lo mismo, las representaciones del proceso, que abruptamente provoca el desplazamiento del Caribe de un régimen colonial a una expresión periférica del capitalismo, ponen de manifiesto el carácter acuciante de una reflexión sobre la coyuntura histórica. El paso de una forma de dominación a otra determina la incorporación,

²⁷ *Ibid.*, p. 48.

en la decodificación crítica de los acontecimientos, del punto de vista de los grupos subalternos. El uso, por tanto, de las categorías “civilización/barbarie” en la obra de José Martí recibe el impulso de este enfoque, a través del cual el intelectual cubano pretende objetivar ciertos registros de la realidad social ideológicamente negados por el discurso de las élites letradas de América Latina²⁸.

Desde la mirada martiana, el proceso de modernización no puede ser concebido como criterio para la dilucidación del componente civilizatorio o bárbaro de los sujetos de este modo representados. Por el contrario, la existencia de la dominación política y la explotación económica promovida por naciones presuntamente civilizadas demuestra cómo el discurso civilizatorio resulta orgánico a un desarrollo político lejano a las prescripciones de la naturaleza. Para Martí, “no hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”²⁹. La defensa de la libertad y dignidad humanas constituye, por tanto, un índice material que, aunque referido a su condición natural, permite evaluar los efectos sociales de una forma autoritaria de despliegue del proceso de modernización en América Latina.

²⁸ “La conflictiva situación socio-histórica de Cuba, relacionada con el establecimiento de las políticas coloniales de la metrópolis primero, y de las del emergente poder norteamericano después, determinó un proceso que se caracterizó por las luchas contra las formas de dominación impuestas sobre la isla (sic). A partir de la realidad que esto representa encontramos en Martí un intento de decodificar los argumentos discursivos que acompañan a esos proyectos, y legitimar la gravitación que tienen los sectores dominados o marginados dentro del quehacer histórico de la época. Esto implica el reconocimiento de un sujeto histórico cuyas formas de expresión, no siempre organizadas textualmente, se articulan con las prácticas sociales de modo tal que sus distintas formas de manifestación, cotidianas y espontáneas, van logrando una presencia en la superficie de la realidad histórica, hasta provocar una ruptura en las estructuras impuestas”. ARPINI, Adriana y Liliana GIORGIS, “El Caribe: ‘civilización’ y ‘barbarie’ en Hostos y Martí”, en *Revista Interamericana de Bibliografía*, OEA, vol. XLI, nº 1, 1991, p. 55.

²⁹ MARTÍ, José, “Nuestra América”, en *Colección Pensamiento de Nuestra América. Tres documentos de Nuestra América*, La Habana, Casa de las Américas, 1979, p. 33.

La modulación discursiva martiana invierte los términos, tanto en el plano simbólico como en el político. En este último sentido el criterio material funciona como una forma de determinación del carácter ideológico del uso de la citada estructura categorial, mientras que, por lo mismo, dicha politicidad asegura la ineludible condición polisémica de las categorías “civilización/barbarie”³⁰.

Al mismo tiempo, tomada como eje crítico, la deshistorización estigmatizante de aquellos sujetos –caracterizados por el discurso modernizador hegemónico como incapaces de incorporarse a ese proceso de modernización y la atribución de una condición bárbara– se constituye en su más refinada manifestación. Frente a la promoción de un desarrollo semejante para “Nuestra América” se alza la crítica martiana hacia la negación de la historicidad de determinados sujetos, los que resultan simbólicamente condenados a la ausencia de proyecciones puesto que ponen en juego, con su misma emergencia, una manifestación crítica de una de las direcciones particulares de aquel desarrollo.

El discurso humanista en el que se inserta la crítica antiimperialista de Martí ofrece un fundamento histórico y filosófico para una desarticulación política de la carga axiológica presente en el uso eurocéntrico del par categorial civilización/barbarie. En efecto, la concepción misma del hombre que nutre los discursos colonialista e imperial, en virtud de su condición instrumentalista y etnocéntrica, permite contextualizar las estrategias discursivas pero también políticas de los pueblos pretendidamente “civilizados”³¹.

³⁰ “La polisemia de este término representa, en el nivel discursivo, una lucha simbólica, reproducida en las prácticas sociales por las luchas entre unos sujetos que absolutizan sus ideas y otros que, por ser valorados negativamente, se intenta silenciar y desplazar del dinamismo histórico.”, en ARPINI, A. y L. GIORGIS, ob. cit., p. 56.

³¹ “La propuesta martiana [...] está delineada por la necesidad de desenmascarar los contenidos figurativos de las múltiples mistificaciones culturales, que tras haber perdido de vista al hombre mismo, llevaron a una destrucción de la dignidad humana. Así, el hombre definido como ‘bárbaro’ expresa también una ‘cultura’, la que tiene, además, la virtud de ejercer una función de relativización de la que pretenden como exclusiva los sectores sociales que se consideran ‘civilizados’”. *Ibid.*, p. 59.

La deconstrucción martiana del componente colonial del discurso civilizatorio posee como fuente una concepción que renuncia a la formulación de universales antropológicos en clave formalista. La estructura categorial de los discursos que se organizan en términos dicotómicos como civilización/barbarie, desprovistos del reconocimiento de las condiciones históricas de sus usos, expresa conceptualmente convicciones imperiales. Martí, por el contrario, se pregunta “¿quién es el hombre?”³², asignando a esa interrogación no un sentido conceptual, sino histórico³³. La humanidad es un emergente de la opción política encarnada en la figura de una nación que “ha de salvarse con sus indios”³⁴. El extremo del que buena parte del discurso letrado latinoamericano reniega en el despliegue del programa modernizador funciona, en el pensamiento martiano, como una clave fundamental de determinación del carácter orgánico de los intelectuales con los ideales libertarios. Dicha organicidad, sin embargo, no se reduce a la representación inclusiva de subjetividades subalternas, sino al desarrollo de una praxis comprometida con sus formas de autoafirmación. La estrategia contraria de autorreconocimiento letrado provoca el apelativo martiano: “estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres”³⁵. El concepto de trabajo adquiere un sentido político específico, cuya referencia permite distinguir la modulación dialéctica en el pensamiento del cubano. La afirmación de “Nuestra América” es pues el resultado de la labor, no exenta de sacrificios, por la cual se torna posible la emergencia de una singularidad institucionalmente refrendada.

La imposición desde arriba y abrupta de la modernización constituye para el pensador un expediente del desconocimiento que involucra tanto a la experiencia frente a la alteridad propia de los gobiernos modernizadores, como el

³² MARTÍ, José, ob. cit., p. 32.

³³ “¿Quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrado de traidor en la espalda de la casaca de papel?”. *Ibid.*, p. 32.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

sentido performativo de una categorización que expresa modelos autoritarios de descripción del “otro”. Señala Martí:

Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomode y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india³⁶.

El problema no se encuentra en la barbarie de aquellos sujetos a los que el discurso civilizatorio niega capacidad de inserción en la modernización capitalista de América Latina, sino en la “soberbia” de dicha atribución letrada. Lejos se halla Martí de renegar de su condición de intelectual. Se trata, por el contrario, de denunciar el desconocimiento efectivo de los rasgos propios de “Nuestra América” en el proyecto civilizatorio, expresado por las élites letradas de la burguesía a partir de la segunda mitad del siglo XIX en América Latina³⁷. Con todo, dicho desconocimiento no se manifiesta como ausencia de representación, sino como una forma colonial de realizarla.

La eficacia crítica de la denuncia martiana se funda en la capacidad para incorporar diversos modos de análisis de un mismo fenómeno. La criticidad presente en la concepción del escritor acerca del proceso modernizador y sus proyecciones se nutre de una evaluación que incluye los registros filosófico, antropológico y moral. A diferencia de la “opción” sarmientina de aniquilación del extremo “bár-

³⁶ *Ibid.*, p. 33.

³⁷ “En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país”. *Ibid.*, p. 34.

baro” del proceso histórico como resultado de una demanda del avance necesario de la racionalidad, Martí vislumbra un sentido dramático en la construcción de “nuestras repúblicas dolorosas de América”³⁸. El reconocimiento de la función constructiva de la negatividad –asumida en términos de un límite material interpuesto por la naturaleza a la concepción elitista del progreso, no como valoración sin más– determina una comprensión en clave dialéctica de la historia. Afirma Martí:

[...] ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el crial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas³⁹.

Es significativo el matiz que introduce en este registro filosófico-político que, si bien asume el carácter crítico de una percepción dinámica de las instituciones, al modo del célebre *dictum* benjaminiano por el cual a un documento de cultura le corresponde un documento de barbarie, concibe además la emergencia de un orden fundado no tanto en el “sobre qué” de su materialidad, sino en el “entre quiénes” previsto por una concepción intersubjetiva de lo político. En una extrapolación de categorías ciertamente paradójica, la idea de naturaleza remite a la historia, introduciendo en el análisis político un dinamismo asegurado por la “inclusión” de las formas emergentes de subjetividad⁴⁰.

Si el enfoque filosófico-político de este modo desplegado por el autor promueve una inversión axiológica respecto de la valoración desarrollada por la

³⁸ *Ibid.*, p. 32.

³⁹ *Ibid.*, p. 32-33.

⁴⁰ “Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer en un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república”. *Ibid.*, p. 37.

dicotomía sarmientina civilización/barbarie, su fuente no es meramente tal inversión valorativa, sino la puesta en juego de una concepción antropológica que rehuye los universales antropológicos ahistóricos. La mirada sobre el “otro” debe comenzar por reconocer la historicidad que le es propia y en cuyo orden el supuesto inicial de dicho reconocimiento es la relativización de nuestras propias coordenadas, asumiendo con ello el carácter “heroico” de una forma de pluralismo que resulta dialécticamente afianzado⁴¹.

Tanto la mirada como su objeto se ven historizados por la comprensión martiana. Asegurada la dialecticidad en sentido inclusivo para el registro filosófico-político de su discurso, así como la historicidad de su concepción antropológica, la eficacia de la interpretación humanista de Martí asume el gesto moral de la “cordialidad”. En efecto, la coherencia metodológica de su pensamiento desarma la valoración elitista de la modernización en América Latina sin el recurso a una forma voluntarista de inversión axiológica. Por el contrario, su pretensión asume la convicción moderna sobre la naturaleza emancipatoria del conocimiento. Las condiciones históricas que hacen posible nuestras representaciones –movilizadas, a su vez, por el principio moral de la “cordialidad”, criterio de corrección crítica basado en la propia autoafirmación– permiten refrendar empíricamente el carácter histórico y plural de la “humanidad”, determinando con ello un nuevo modo de pensar la universalidad. Señala Martí:

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la

⁴¹ “Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la Historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental”. *Ibid.*, p. 39-40.

Naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. (*Ídem*. 39).

Consideraciones finales

La recurrente identificación que en la historia intelectual de América Latina se realizó entre el proyecto modernizador y la idea de civilización, constituyó un espacio propicio para la reflexión acerca del rol letrado en la coyuntura latinoamericana de la segunda mitad del siglo XIX. Ciertamente es que la estructura categorial del llamado discurso civilizatorio ha sido exhaustivamente analizada en los campos de la crítica literaria y la historia de las ideas filosóficas latinoamericanas. El cruce, sin embargo, del develamiento de aquella estructura y el análisis de la auto-representación de la cultura letrada revela nuevos caminos. La incorporación de este último registro en los estudios sobre la cultura de América Latina puso de manifiesto el modo como la historiografía intelectual tradicional reproducía la lógica exclusivista de la ciudad letrada, determinando como formas relativamente definitivas de reconocimiento de la identidad continental a un determinado *corpus* letrado latinoamericanista.

Su posterior deconstrucción, no obstante haber promovido nuevas perspectivas y categorías de análisis, no ha dejado ver resultados concretos en la efectiva tematización de discursos alternativos al de la cultura letrada. Además, desconoce las estrategias desplegadas al interior del propio discurso letrado de resignificación del rol político de los intelectuales. Con el propósito de releer textos fundamentales de la historia cultural de América Latina, señalamos dos interpretaciones divergentes de ese rol en el marco del desarrollo del programa de modernización en América Latina. Por un lado, Sarmiento produce una interpretación del rol letrado en términos de una codificación del saber sobre los "otros", a fin de determinar los mecanismos que garantizan la eficacia disciplinaria del proyecto modernizador. Por otro lado, Martí atribuye un sentido crítico a aquel rol, atento a los modos como el discurso letrado constituye un vehículo para naturalizar determinadas formas de subalternidad.